

Bienaventurados los Pobres

Enrique San Pedro, S.J.
Profesor de Sagrada Escritura en el
Seminario Mayor de Santo Domingo

El tema de la pobreza, siempre actual, ocupa desde hace varios años el primer plano de nuestra atención; sobre ella se han escrito y dicho muchas cosas de diverso valor, que no es mi intención repetir. Quisiera sencillamente en estas líneas exponer algunas ideas sobre la pobreza, especialmente en su sentido bíblico, que espero no resulten inútiles, aunque no pretendo reclamar para ellas ninguna originalidad¹. Me propongo desarrollar el tema en tres tiempos o puntos: 1. desentrañando positivamente el sentido que tiene en la Sagrada Escritura; 2. negativamente, llamando la atención sobre ciertas interpretaciones erróneas que pueden desvirtuarla; 3. indicando algunos de sus frutos, que pueden ayudarnos a descubrir su presencia.

Recordemos sin embargo, antes de comenzar la exposición, que la pobreza, aun en la Biblia misma, se puede entender en dos sentidos principales, relacionados ciertamente entre sí, pero cuya confusión puede causar errores lamentables. La pobreza tiene en primer lugar un sentido socio-económico, que se puede definir como escasez, mayor o menor, de lo necesario para vivir, o por lo menos para vivir dignamente². Pero la pobreza tiene también un sentido estrictamente religioso, cuyas características trataré precisamente de analizar en la primera parte de este trabajo. La llamada pobreza religiosa y el voto que la consagra, tratan de armonizar estas dos pobrezas, teniendo en cuenta la vocación y el carisma propio de cada fundador y de cada orden o congregación religiosa.

1. La Pobreza en la Biblia

Dada la ambigüedad que tiene la palabra pobreza, no es de extrañar que la Biblia, sobre todo el Antiguo Testamento, presente una actitud ambivalente hacia ella. La pobreza aparece como condenable cuando es el fruto de la negligencia, o cuando lleva al pecado³; de ahí la oración

¹ Es imposible el tratar en un breve artículo todos los aspectos de una problemática tan complicada y difícil como la de la pobreza.

² Esta es prácticamente la definición que de pobreza nos da el Diccionario de la Real Academia.

³ Ver, por ejemplo, Prov. 6, 6-11; 10, 4; 14, 23; 23, 20s; Sir 18, 30-19, 3. Ver sin embargo lo dicho más adelante en la nota 6.

del sabio: "No me des pobreza ni riqueza"⁴. Se trata evidentemente de la pobreza como realidad socio-económica. En este mismo sentido sin embargo la pobreza, o mejor dicho el pobre, es objeto de una especial protección divina, como lo atestiguan tanto la legislación, como sobre todo la predicación profética de Israel⁵. A pesar de todo aun esta pobreza no se presenta como un ideal digno de nuestros esfuerzos; precisamente los violentos apóstrofes de los profetas ponen de manifiesto la raíz pecaminosa y condenable que hacen que esta pobreza no se pueda proponer como ideal. Hay en ella sin embargo una semilla de algo superior y diferente, que la misma predicación profética ayudó a descubrir y madurar. Al presentar a Dios como defensor del pobre oprimido, el profeta lo va guiando para que se vuelva a El; poco a poco, como dice George, con el progreso de la revelación, la pobreza pasa de un sentido sociológico a una actitud de fe: el pobre se convierte en "cliente de Dios"⁶. La pobreza llega así a significar apertura a Dios, humildad ante Dios. ¿Nos hallamos ya en la profecía escatológica y mesiánica del Trito-Isaías y en su cumplimiento evangélico? Es innegable que la pedagogía divina, como en tantos otros casos de la revelación, nos hace avanzar de una realidad tangible a otra espiritual. Muchas veces, de ley general, tendremos que recorrer personalmente el mismo camino; pero sería traicionar esa pedagogía y desvirtuar su dinamismo, el empeñarse en encerrarnos en su primer elemento, sin seguir su llamada a entrarnos en el segundo, que en último término es a donde somos llamados.

La pobreza pues, en su sentido verdaderamente bíblico y evangélico, supone ante todo esa actitud de apertura incondicional a Dios. Esta nace de una conciencia clara de mi total dependencia de El o, digámoslo ya, de mi pobreza radical frente a El. Cuando el hombre ha descubierto lo que de verdad significa ser criatura, entonces reconoce agradecido que todo lo que tiene es don. Aquí se puede aplicar la pregunta de San Pablo a los Corintios: "¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?"⁸. Por eso puede afirmar con razón George que "los pobres que acogen el evangelio se oponen no tanto a los ricos cuanto a los orgullosos"⁹. La humildad,

⁴ Prov 30, 8.

⁵ Para la legislación ver, por ejemplo, Ex 21, 2ss; 23, 10s; Dt 15, 11. Las citas de los profetas pueden multiplicarse sin dificultades; ver, entre otros muchos ejemplos, Is 2, 7, 13-16; 3, 14-24; 5, 8-12; Os 7, 5; 8, 14; 10, 1; Am 3, 12-15; 4, 1; 5, 11s; Miq 2, 1-3. También los Sabios hablan en este sentido; ver, por ejemplo, Prov. 19, 17; 29, 7, 14; Job 24, 2-12; Sir 4, 1-6.

⁶ A. George, "Pauvre", DBS VII, 388. Todo el artículo (387-406) merece leerse. La expresión "cliente de Dios" es de A. Gelin en su obra *Les Pauvres de Yahvé* (París, 1953), p. 29. Recordemos por fin que también los Sabios de Israel conocen el aspecto positivo de la pobreza así entendida; ver, por ejemplo, Prov. 3, 34; 15, 33; 18, 12.

⁷ Ver Is 61, 1-3 y las citas de este pasaje en Lc 4, 18 e indirectamente en Mt 11, 5 y Lc 7, 22.

⁸ 1 Cor 4, 7; el contexto de la carta es por supuesto diferente, pero el principio establecido por S. Pablo tiene una aplicación más universal, aplicable sobre todo al mundo de lo sobrenatural.

⁹ George, a.c., 400.

más que fruto de la pobreza entendida así, es otro nombre de la misma, como lo demuestra claramente el Nuevo Testamento al acumular los sinónimos para descubrir esa actitud esencial en quien quiere recibir su mensaje. Más que como ptojós, el pobre es presentado como praús, ta-peinós, mikrós, paidíon, népios¹⁰.

Pero hay todavía algo más. El pobre según el evangelio, es aquel que ha descubierto, iluminado por la fe, que todos los bienes de este mundo son incapaces de abrirnos las puertas del Reino de Dios; que éste es un don que se me ofrece como absolutamente gratuito; que ni siquiera la escasez de las cosas necesarias para la vida (pobreza socio-económica) es un título que me da derecho a exigirlo, aunque en los planes de Dios sí es muchas veces el camino que me conduce a esa actitud de fe que es "apertura total a Dios, humildad perfecta en el respeto, la obediencia y la compunción". En este sentido se puede calificarla con razón de "perfección de la fe"¹¹.

Por último esta mirada de fe descubre también el peligro de las riquezas. Es maniqueísmo el atribuirle a las cosas de este mundo una maldad intrínseca, que las convierta en obstáculos necesarios al Reino de Dios. Pero sería infantilismo ciego el negar que su abundancia seca y endurece el corazón, y nos hace fácilmente sordos a las llamadas del evangelio. ¡Ay de vosotros ricos, porque en vuestras riquezas tenéis vuestra satisfacción!, podemos decir parafraseando a Lucas¹². El rico cae fácilmente en el engaño de creerse autosuficiente; de pensar que no necesita a Dios; de restringir su horizonte a esta vida, olvidando que él también necesita ser salvado. El pobre en cambio, en el sentido que lo presenta Jesús en su predicación, mantiene una actitud de abandono filial en el Padre, de confianza absoluta en su bondad¹³.

2. Interpretaciones Equivocadas de la Pobreza

Es normal que una realidad tan compleja, y hasta cierto punto ambigua, como la de la pobreza, se preste a interpretaciones erróneas que pueden neutralizarla y hasta destruirla como valor cristiano. No pretendo estar libre de este peligro, pero me atrevo a correr el riesgo de señalar algunas actitudes amenazadoras contra el sentido verdaderamente evangélico de la pobreza; actitudes que creo descubrir en el ambiente.

a) La primera la calificaría de tendencia a *absolutizar* la pobreza. Es cierto que la pobreza, entendida como lo hemos hecho, no puede menos

¹⁰ Ver E. Bammel, "Ptojós" THWNT VI, pp. 888-894, sobre todo pp. 888ss; también Fr. Hauck y S. Schulz, "Parus, prautes", ibid., pp. 647s.

¹¹ George, a.c., 393.

¹² Ver Lc 6, 24. Conviene con todo recordar que en la realidad de nuestra existencia cotidiana es prácticamente imposible llegar a esa pobreza espiritual sin el ejercicio, de una forma u otra, de cierta pobreza en su sentido socio-económico; es decir, sin una cierta renuncia de los bienes materiales de este mundo y un dominio sobre la ambición y el deseo de poseer. Estos sin embargo son esencialmente relativos.

¹³ Ver Mt 6, 25-34; Lc 12, 22-34.

de ser absoluta. Si queremos ser pobres según el evangelio, tenemos que abrirnos totalmente a Dios; tenemos que esperar sólo de su gracia el don de su Reino¹⁴. Pero no es este el sentido en el que el absolutizar la pobreza nos parece reprehensible. Pensamos primeramente en esa tendencia, quizás rara vez formulada expresamente, que presenta de hecho la pobreza casi como el valor supremo del cristianismo. En este sentido la pobreza o es relativa o no es evangélica; es decir, o se concibe en función del Reino de Dios y por lo tanto relativa, o se convierte en un ídolo que obstaculiza la entrada en el mismo, en lugar de favorecerla. El único absoluto que el cristiano reconoce es Dios mismo, y aun fuera de El, la pobreza no ocupa sino el lugar de una disposición o instrumento para la participación de la vida divina por la fe informada por la caridad.

En otro sentido se puede absolutizar la pobreza, o al menos dejar en la oscuridad u olvidar su naturaleza esencialmente relativa; nos referimos al sentido socio-económico de la misma, y al uso o abstención de las cosas materiales que el mismo comporta. Es evidente que hablar de una pobreza absoluta en este sentido es una quimera; más aún, pienso que es un error el imaginar que el ideal del cristiano es el vivir en la mayor pobreza socio-económica posible. Es innegable que aun en vida de Cristo había muchos hombres que eran más pobres que El, y a pesar de todo El sigue siendo el modelo perfecto del "pobre de Yahveh". En una palabra, nos dejamos engañar por un espejismo cuando tratamos de alcanzar el absoluto en algo que es esencialmente relativo¹⁵.

b) Descubro un segundo peligro en la tendencia a *politizar* la pobreza. Es claro que su realidad socio-económica es un hecho innegable. Es claro también que esa realidad exige una toma de posición definida del cristiano frente a ella, que muchas veces se concretizará en una lucha (lucha estrictamente cristiana) por la justicia y por la promoción de la persona. Pero es traicionar al evangelio el identificar sencillamente pobreza evangélica con pobreza socio-económica. Es traicionar al evangelio el hacer creer al pobre que su situación de necesidad material por sí misma lo hace ya mejor cristiano. Es traicionar al evangelio y al pobre el encerrarlo dentro de una actitud de rencor, de envidia y de reivindicaciones más o menos marxistoides, en vez de ayudarlo a descubrir a través de su propia situación la dimensión espiritual y de verdad liberadora de la pobreza bíblica. Es traicionar al evangelio y al pobre el utilizarlo como simple peón en el tablero de la lucha por el poder político, aun cuando se proclama que es para cambiar estructuras injustas.

En este punto la misión de los antiguos profetas consistió en guiar a Israel para que descubriese la realidad espiritual simbolizada y en cierto

¹⁴ En este sentido la pobreza representa un aspecto del problema de la necesidad absoluta de la gracia, y entronca con la polémica paulina de la fe y las obras. Ver más adelante, letra c) y nota 18.

¹⁵ En esta relatividad de la pobreza entran por supuesto muchos factores que no podemos analizar aquí; entre otros se pueden mencionar la opción por los pobres, las diferentes formas de practicar la pobreza religiosa, etc. Se puede consultar K. Rahner, "Teología de la Pobreza", *Escritos de Teología VII* (Madrid, 1969), pp. 469-514, sobre todo pp. 491-514.

modo ocultada por la opresión y la pobreza material¹⁶; esa sigue siendo la misión profética de la Iglesia¹⁷. Si así no fuese, caeríamos en los mayores absurdos. Si pobreza evangélica y pobreza socio-económica se identificasen simple y llanamente, nuestro trabajo debería consistir en aumentar lo más posible el número de los pobres, en combatir con todos los medios a nuestro alcance la promoción y el progreso. Puesta en estos términos la actitud resulta obviamente ridícula; sin embargo hace ya casi treinta años que A. Gelin se sentía obligado a escribir: "¿Tiene jamás el evangelio aspecto de manifiesto social? En él no se canoniza a ningún estado sociológico; a ninguno, en cuanto tal, se le pone en relación directa con el Reino; sólo una 'situación' espiritual puede acoger un don espiritual; sólo la fe confiante abre al hombre a la gracia de Dios. Esta apertura a Dios es lo que se llama pobreza espiritual"¹⁸.

c) Hay aún un tercer peligro o error más sutil y por lo mismo más funesto. Me parece ver flotar en el ambiente una especie de *mística de la pobreza*, nacida no de las fuentes puras del evangelio, y que lleva a la destrucción de la pobreza como actitud espiritual. Son bien conocidos los tres pasos del programa de Cristo en la meditación ignaciana de Las Dos Banderas¹⁹; en ellos aparece claro cómo la pobreza, entendida al menos como libertad de espíritu ante los bienes materiales, debe llevar a la humildad, es decir, precisamente a esa actitud que hemos presentado como la verdadera pobreza bíblica; la actitud del manso, del pequeño, del niño que descubre su propio vacío y se abre a los dones de Dios. El peligro del que hablamos amenaza ese paso de la pobreza socio-económica a la pobreza espiritual en su sentido bíblico; en lugar de ser puerta de entrada a la humildad y por ella al Reino de los Cielos; "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos"²⁰, se convierte en título de orgullo, en actitud de autosuficiencia espiritual frente a los demás, y en último término frente a Dios.

Nos encontramos, se puede decir, ante una nueva forma de fariseísmo en el que el hombre se enorgullece y confía en su propia pobreza material. "El fariseo, escribía Gelin a propósito de este problema, es aquel que se cree artesano de su salvación; está convencido de que su 'justicia' es una técnica humana... Jesús le contrapone paradójicamente el publicano";

¹⁶ Hay en la predicación profética de Israel una evolución interesante que va de la condenación de las injusticias a un descubrimiento de la pobreza espiritual. Se debe señalar también la ausencia en los profetas de cualquier incitación a la rebeldía de los oprimidos contra sus opresores; la protección y salvación del oprimido es un acto de la justicia de Dios, en el sentido bíblico de esa palabra.

¹⁷ Ver sobre todo la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo actual ("Gaudium et Spes") del Concilio Vaticano II; en particular los nn. 40-45.

¹⁸ Gelin, o.c., pp. 145s. También J. Schmid escribe a propósito de la primera Bienaventuranza: "Con ello (la forma mateana de la Bienaventuranza) queda excluida la posibilidad de percibir en su texto un matiz de tipo social revolucionario". *El Evangelio según S. Mateo* (Barcelona, 1969), p. 118.

¹⁹ Ver Ejercicios Espirituales, n. 146.

²⁰ Mt 5, 3.

y él mismo añade esta aguda observación: "Después de la lectura de la parábola que opone estos dos tipos religiosos... se oye a veces a los participantes de círculos de estudios hablar del 'fariseo rico' y del 'pobre publicano'. Socialmente habría que decir más bien lo contrario". Esta mística de la pobreza (en su sentido material) es quizás uno de los más amargos frutos del influjo del marxismo sobre el pensamiento cristiano; al fomentar ese "orgullo de ser pobre" ha trastornado completamente la escala de valores y ha conseguido así cerrar el camino que de la pobreza como realidad socio-económica debía llevar a la pobreza con dimensión espiritual.

3. Frutos de la Pobreza Evangélica

Para terminar hacemos una rápida presentación de esos frutos que creemos pueden ayudarnos a descubrir la presencia o ausencia del espíritu de pobreza en nosotros. Tampoco aquí pretendo ser exhaustivo ni original; hago más que nada una invitación a la reflexión personal.

a) El primer fruto de la verdadera pobreza evangélica es el gozo, la paz, la alegría espiritual. Bienaventurados los proclama Cristo, porque de ellos es el Reino de los Cielos; ese Reino de Dios que "no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo"²¹. Porque ellos se han puesto en las manos de ese Padre bueno, que alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo, y sabe dar cosas buenas —el Espíritu Santo, nos dice S. Lucas²²— a los que se lo pidan²³. Porque ellos tienen su corazón donde tienen su tesoro, ese tesoro que llevamos sí en vasos de barro, pero que es "el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo"²⁴, en quien "reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente"²⁵ y encierra todos los tesoros de sabiduría y poder de Dios²⁶. Porque ellos no pueden ni deben temer, pues como pequeño rebaño están bajo el cuidado del Padre, quien en el misterio insondable de su amor les da el Reino²⁷. Porque ellos saben que su pastor es el Señor, que los conduce a verdes prados y a fuentes tranquilas, que los guía por senderos llanos y los protege por cañadas oscuras; cuya bondad y misericordia los acompañan todos los días de su vida²⁸. Por eso ellos, siguiendo la exhortación del Apóstol, pueden estar siempre alegres, sin inquietarse por cosa alguna, y así poseer esa paz de Dios que supera todo conocimiento y custodia sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús²⁹.

²¹ Rom 14, 17.

²² Ver Lc 11, 13.

²³ Ver Mt 6, 25ss; 7, 7-11.

²⁴ Ver 2 Cor 4, 1-7.

²⁵ Col, 2, 9.

²⁶ Ver 1 Cor 1, 17-31.

²⁷ Lc 12, 32.

²⁸ Ver Sal 23.

²⁹ Ver Filp 4, 4-7.

b) El segundo fruto de la pobreza es la *libertad interior*, espiritual. Esa libertad que hace que seamos de verdad señores y no esclavos de las cosas. Esa libertad que nos permite usar y disfrutar de los bienes de este mundo con espíritu de agradecimiento, pues en ellos reconocemos también el don del Creador bueno que hizo buenas todas las cosas. No hay nada tan opuesto, creemos, a la verdadera pobreza evangélica, como la estrechez de espíritu, la ruindad de corazón, la mezquindad. Aquí, como en todo, el modelo es Cristo. ¡Qué soberana libertad la suya para gozar de los bienes que su Padre ha derramado en el mundo! ¡Qué anchura de corazón para tratar y ser amigo de ricos y de pobres! ¡Qué generosidad la suya para dar, y qué condescendencia la suya en querer y saber recibir! Es cierto que nuestra condición de pecadores, que el dominio tan imperfecto de nuestras pasiones, que “los ojos insaciables y la arrogancia del dinero”, nos obligan a una vigilancia constante y muchas veces al ejercicio ascético de la renuncia³⁰; pero no traicionemos el ideal, no desoigamos la llamada de las alturas desde donde se respiran los aires puros de la libertad. Sepamos que se puede decir con S. Pablo: “He aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé andar escaso y sobrado. Estoy avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre; a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta”³¹.

c) El tercer fruto que podemos señalar es la *fraternidad*. Esa era la dinámica de aquella pobreza, o mejor, comunidad de bienes de la Iglesia primitiva, sin la cual (sin la fraternidad) la pobreza hubiese quedado reducida a un gesto vacío, a una simple ética estoica. Los primeros cristianos sabían que la señal que los debía distinguir como discípulos de Cristo era el amor mutuo, y de él nacía el poner en común los bienes. Feliz utopía llamada a desaparecer ante las duras realidades de la vida, pero cuyo ideal permanece vivo, a pesar de las muchas imperfecciones concretas, en la vida religiosa. La presencia de esta verdadera fraternidad, de este amor en Cristo y por Cristo a todos los hombres, es en mi opinión uno de los criterios más seguros para distinguir la verdadera pobreza evangélica de sus caricaturas. Quisiera por eso señalar, aunque sea de paso, dos puntos concretos de referencia, que nos puede servir de termómetro. El verdadero pobre según el evangelio, le oí decir una vez a Mons. Ancel, no tiene envidia de las riquezas de los demás. El verdadero pobre según el evangelio, me atrevo a añadir, prefiere padecer violencia e injusticia antes que cometerlas; y si alguna vez tiene que luchar por la justicia, sabe hacerlo, o al menos trata de verdad, sin odio y sin violencia. Es lo mínimo que nos exige la caridad y el amor fraternal.

³⁰ Ver lo dicho anteriormente en la nota 12. No se puede olvidar tampoco el papel importantísimo que juega en la concepción y práctica de la pobreza cristiana la imitación de Cristo, quien “siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza” (2 Cor 8, 9).

³¹ Filp 4, 11-13. Esta actitud de plena libertad, no solo frente a los bienes de la tierra, sino frente a todo aquello que es medio e instrumento, es la que propone S. Ignacio de Loyola bajo el nombre de indiferencia; ver Ejercicios Espirituales, n. 155.

d) Podemos señalar por último como fruto de la pobreza en su sentido bíblico el *entusiasmo apostólico*. El espíritu de pobreza, la falta de ambición, dan al apóstol una libertad de palabra y de acción de grandísima importancia. El nuevo Testamento proclama, es cierto, el principio de que quien sirve al altar tiene derecho a vivir de él³² y también que "el obrero es digno de su paga"³³; pero Cristo exige de aquellos a quienes envía en misión apostólica un despojo tal que sea garantía y símbolo de esa ausencia de espíritu de lucro. Pero hay más; la pobreza, entendida como realidad espiritual y actitud de "pobre ante Dios", es condición indispensable en el verdadero apóstol. Ella lo hacen saberse instrumento en las manos de Dios, pues hacen que reconozca su pobreza radical para la misión que se la ha confiado. Pero el ejercicio mismo de su trabajo apostólico, emprendido con esta actitud de pobreza, lo llevará a la certidumbre de que sólo Dios es el salvador; de que el poder y la gracia que dispensan sus manos son absolutamente superiores a él mismo³⁴.

Ahí encuentra el apóstol la fuente más profunda de su pobreza espiritual, pero también de su confianza, su entusiasmo y su eficacia apostólica.

³² Ver 1 Cor 9, 13.

³³ Ver Lc 10, 7 y 1 Tim 5, 18.

³⁴ Ver George, a.c., 403; ver también la bella página del P. Chevrier citada por Gelin, o.c., pp. 170ss.